

AC 01 198

Puntual, llega a su cita diaria, hoy 15 de mayo, a las 10 y media de la noche hora peninsular, cuando quedan 15 días para que acabemos esta emisión. Acceso UNED, un programa para los mayores de 25 años que quieren ingresar en la universidad. Con temas de orientación educativa para estudiantes de COU.

Esta noche desarrollaremos un tema de literatura. Hablaremos de la novela de posguerra. 15 días nos quedan de programación para seguir acompañándoos a los alumnos del curso de acceso a la UNED para mayores de 25 años hasta que finalice el curso.

En el mes de junio realizaréis los exámenes finales. 15 días en los cuales todavía tenemos muchas cosas que contaros. Hoy 15 de mayo, fiestas de San Isidro en Madrid.

Fiestas y verbenas en los barrios. San Isidro Labrador, nacido en 1070 y muerto en 1130. Patrón de los labradores.

Madrid es agrícola. Produce vid, cereales y también productos de huerta. Un recuerdo afectuoso a un gran madrileño, protector de las fiestas populares, Enrique Tierno, fallecido este año.

Gran impulsor de las fiestas populares madrileñas. Madrid, hoy comunidad autónoma. Al norte, bordeada por el sistema central, Guadarrama y Somosierra.

Regada por el Tajo y sus afluentes, Jarama, Henares y Manzanares. 7.995 kilómetros cuadrados. Madrid, capital de España.

Centro cultural, administrativo y de comunicaciones del país. A orillas del Manzanares, a 656 metros de altitud. Celia Gámez nos está acompañando, con fragmentos extraídos de las Leandras.

En Madrid, el Museo del Prado, con una de las pinacotecas más importantes del mundo. Biblioteca Nacional, Palacio de Oriente del siglo XVIII. Parques, Retiro, Oeste, Casa de Campo.

Madrid, hoy en fiestas. Majerit, en la Edad Media. Castillo musulmán, conquistado en 1083 por Alfonso VI.

En 1561, Felipe II la hizo corte y capital del reino por su situación central y estratégica. El 2 de mayo de 1808, empezó en Madrid la Guerra de la Independencia. En 1936-39, resistió un largo asedio de las tropas nacionales de Franco.

Resultaron destruidas la ciudad universitaria y algunos barrios exteriores. Lo que favorecería en el futuro la modernización, embellecimiento y expansión de la ciudad. Y vamos al tema de literatura de esta noche, la novela de posguerra.

Es imposible que abarquemos toda la narrativa de posguerra en nuestra media hora de tiempo, con carácter sistemático. Vamos entonces a seleccionar solamente a dos autores, Juan Goytisolo y Martín Santos. De Juan Goytisolo, trabajaremos un texto contenido en su novela, *Señas de Identidad*.

Y de Martín Santos, hablaremos de *Tiempo de Silencio*. Escuchemos en primer lugar el fragmento de *Señas de Identidad* de Juan Goytisolo, y luego lo comentaremos. Habían contado una y mil veces las columnas del claustro, calculado el número exacto de adoquines del suelo, medido mentalmente los límites avariciosos y estrictos que los aprisionaban, corrido tras una mísera pelota de trapo, atisbado el cuadro azul infinito del cielo, espiado el vuelo libre y generoso de las aves, golpeado la cabeza contra las paredes, escupido sangre, corrido a paso ligero hasta perder el sentido, obedecido en silencio el llamamiento de la corneta, aguardado turno ante la sucia perola de rancho, destilado con monos harapientos después de la misa.

Para irnos situando, el contexto de este fragmento es la prisión. Antes de hacer el comentario de textos de *Señas de Identidad* de Juan Goytisolo, vamos a dar unos rasgos generales de este autor. Goytisolo es un estilista de elevada categoría que ha ido depurando su primer lenguaje, reelaborándolo, muchas veces para destruirlo, y dotándolo, sin embargo, de recursos cada vez más efectivos.

Resuelve con inteligencia la relación entre la expresión y el contenido. Es un autor con fuerza en su pensamiento, que viola airadamente los tópicos, que tiene ideas asfixiantes. Incluso es mordiente en sus ideas, que son profanadoras.

Tiene voluntad de sacrificio, se ha hablado de Goytisolo como de un autor con brutalidad. Hasta cierto punto es un autor herético, vigoroso. Herético en el sentido de que su estilo es poco conocido en las obras de posguerra, es poco común en las obras de posguerra.

Pero quizá por estas razones, Goytisolo es un gran renovador de las técnicas narrativas, y sus obras han sido muy traducidas y comentadas. Amigo personal de Cortázar, Fuentes o Cabrera Infante, Goytisolo debe a estos autores más de una colaboración en el logro de sus novelas. En los lectores españoles, ha levantado más que admiraciones ampollas en la piel de éstos.

Se sitúa en un buen puesto en nuestra narrativa de posguerra, además de por *señas de identidad* por otras dos obras, *Reivindicación del Conde Don Julián* y *Juan Sin Tierra*. Decíamos que Goytisolo quizá ha herido más que entusiasmado. Efectivamente, para muchos, es posible que el furioso ejercicio sadomasoquista de muchas de sus páginas sea más repulsivo que agradable.

Goytisolo no perdona demasiadas cosas a los herederos de una España falsa, brutal o provinciana. Pertenece a esa raza de españoles apostatas que ejercitan su facultad de amar despedazando. Lleva la misma sangre de los Larra, los Quevedo.

Goytisolo puede ser un destructor profesional, pero sobre las cenizas de lo que ha quemado,

está siendo capaz de levantar un lenguaje estremecedor. Y este rasgo lo encontramos en el fragmento del texto que hemos escuchado de señas de identidad. La mofa que Goytisolo pueda hacer de acontecimientos, la ternura distante que pueda mostrar por unos presos, la soflama política que el texto pueda contener, no necesariamente ha de estar acorde con nuestras convicciones.

Y esto nos sucederá a cada paso con Goytisolo, estemos situados a derecha, a izquierda o en el centro. Y no por ello podemos negar que lo que describe es un cuadro espeluznante de una cárcel y de unos momentos finales de vidas humanas. Su texto nos desorienta.

Hay algo así como versículos bíblicos, una organización que no es la convencional de la prosa. En el texto faltan las señales ortográficas, los tranquilizadores signos de puntuación. Hay que disponerse a leer reconstruyendo la entonación y las pausas.

Los adjetivos, los nombres, los participios, se suceden sin ningún tipo de nexos. Su escritura es jadeante. Pero no por ello el texto carece de estructura, sino que está claramente articulado en tres unidades muy delimitadas.

Así, la primera es la presentación inequívoca de las circunstancias que van a delimitar los apartados que luego comenta. El eje articulador es la palabra repetida hombres y la contraposición hombres armados, hombres indefensos. Es un artificio literario, la justaposición de elementos.

Por ejemplo, látigos, fustas, bastones, culatas, correas, botas, fusiles, tapias, cercados, aceras, muros. La contraposición clarísima se da entre elementos que se justaponen. Así, las armas de los unos frente a las no armas de los otros.

La segunda unidad en que se articula el texto de señas de identidad que comentamos es la vida de esos hombres indefensos en cárceles, calabozos o prisiones. El eje articulador es el verbo auxiliar haber en el pasado, había. Este verbo aparece formando una cadena de participios, formando plusconperfectos.

Así, por ejemplo, donde dice se habían arrodillado. Luego nos cuenta cómo se entremezclan los actos y voliciones de estos hombres indefensos. Su vida diaria, sus diversiones, la satisfacción precaria y tristísima de sus necesidades fisiológicas, las ceremonias, los castigos, los deseos, los sufrimientos, el suicidio, la condena.

Y junto a los límites, así, los pasos de las imaginarias, aparecen también los deseos. Vuelo libre y generoso, cuadro azul infinito, mujeres inaccesibles. Pero es finalmente en la tercera unidad del texto donde el autor se explicita totalmente.

Dice así, miraron por última vez el cielo, las nubes, los pájaros, todo aquello que de una forma u otra representaba para ellos la vida. La descripción de la tercera unidad del texto se refiere claramente a los momentos finales de la vida de los condenados, jugando como eje articulador con el empleo de los indefinidos. Indefinidos con los que inicia cada línea.

También juega con los contrastes. Así cuando dice, todo el apartado se encrespa en una sucesión de posturas encontradas. Aparece ya al final un crescendo manifestado en multitud de verbos y de actitudes, cuyo resultado es la superación de los riesgos de una escena tópica, mediante la reelaboración literaria de un lugar común, un lugar común literario, que el autor consigue trascender.

La técnica que sigue Goitisoló precisamente para lograr esta trascendencia, para alcanzar esta superación, es una idea que da sentido general a todo el texto. La vida representada en el cielo. Idea que a la vez se apoya en una serie de sucesiones.

Estas sucesiones las consigue con una serie de expresiones como duermevela, cartas, lentejas con café, paredón. El dinamismo de esta secuencia lo alcanza otra vez mediante la juxtaposición de elementos. La madre, la mujer, la novia, los hijos.

Estamos ante una comunidad humana, plural y anónima, querida y vista desde lejos, compuesta por hombres que caminan hacia su muerte. Y precisamente la anticipación de ese triste momento final la manifiesta Goitisoló mediante la acumulación de participios, acumulación de acciones en el eje de las simultaneidades. Vigilados, encuadrados, empujados, sostenidos.

Todos los verbos, todas las posturas ante la muerte están unas contra otras. Hasta ese vivo, tópico, estremecedor, innecesario disfemismo final. Y a continuación el remanso de las frases cortas, de las frases definitivas y escuetas frente a la agitación anterior.

Cuando dice, cayeron tronchados por las balas. Tronchados es un participio que vegetaliza a los hombres indefensos. Es un participio delicadamente aplicado.

Es el último síntoma de una prosa equilibrada, calibrada, cegada más por la emoción de lo que dice que por el simple esnovismo o la técnica gratuitamente novedosa. Para finalizar y como conclusión, diremos que mirando bien o mirando mal a Goitisoló, Goitisoló posee dos importantes cualidades, auténtica calidad y autenticidad humana, cosa que no se puede decir de otra serie de autores que queriendo funcionar en la misma línea que él, no dejan de realizar una sarta de vacíos experimentalismos. En resumen, en literatura sigue siendo importante tener algo que decir.

Y vamos a pasar ya ahora al otro autor que vamos a estudiar esta noche, Martín Santos y su Tiempo de silencio. Y vamos a hacer como antes, vamos a escuchar un fragmento de esta obra, un fragmento de Tiempo de silencio que nos sirva después como base para un comentario de textos. Allí estaban las chabolas, sobre un pequeño montículo en que concluía la carretera derruida.

Amador se había alzado, como muchos siglos antes Moisés sobre un monte más alto, y señalaba con ademán solemne y con el estallido de la sonrisa de sus belfos gloriosos, el vallizuelo escondido entre dos montañas altivas, una de escombrera y cascote de ya vieja y

expoliada basura ciudadana la otra, de la que la busca de los indígenas colindantes había extraído toda sustancia aprovechable, valiosa o nutritiva, en el que florecían, pegados los unos a los otros, los soberbios alcázares de la miseria. La limitada llanura aparecía completamente ocupada por aquellas oníricas construcciones confeccionadas con maderas de embalaje de naranjas y latas de leche condensada, con láminas metálicas provenientes de envases de petróleo o de alquitrán, con onduladas uralitas recortadas irregularmente, con alguna que otra teja dispareja, con palos torcidos llegados de bosques muy lejanos, con trozos de manta que utilizó en su día el ejército de ocupación, con ciertas piedras graníticas redondeadas de refuerzo, de cimientos que un glaciar cuaternario aportó a las morrenas gastadas de la estepa, con ladrillos de gafa uno a uno robados en la obra y traídos en el bolsillo de la gabardina, con cabeceras de cama estilo imperio de las que se han desprendido ya en el rastro los latones, con latas amarillas escritas en negro del queso de la ayuda americana, con piel humana y con sudor y lágrimas humanas congeladas. Pero qué hermoso despecho de estos contrastes fácilmente corregibles el conjunto de este polígono habitable.

De qué maravilloso modo allí quedaba patente la capacidad para la improvisación y la original fuerza constructiva del hombre íbero. Como los valores espirituales que otros pueblos nos envidiaban eran palpablemente demostrados en la manera como de la nada y del detritus toda una armoniosa ciudad había surgido a impulsos de su soplo vivificador. Qué conmovedor espectáculo, fuente de noble orgullo para sus compatriotas, componía el vallizuelo cubierto de una proliferante materia, gárrula de vida, destellante de colores que no sólo nada tenía que envidiar, sino que incluso superaba las perfectas creaciones, en el fondo monótonas y carentes de gracia de las especies más inteligentes, las hormigas, las laboriosas abejas, el castor norteamericano.

Porque si es bello lo que otros pueblos aparentemente superiores han logrado a fuerza de organización, de trabajo, de riqueza y, por qué no decirlo, de aburrimiento en el haz de sus pálidos países, un grupo achabolado como aquel no deja de ser al mismo tiempo recreo para el artista y campo de estudio para el sociólogo. ¿Por qué ir a estudiar las costumbres humanas hasta la antipódica isla de Tasmania? Como si aquí no viéramos con mayor originalidad resolver los eternos problemas a hombres de nuestra misma habla. Como si el tabú del incesto no fuera tan audazmente violado en estos primitivos tálamos como en los montones de hierba de cualquier isla paradisíaca.

Como si la creencia en un ser supremo no se correspondiera aquí con un temor reverencial más positivo ante las fuerzas del orden público igualmente omnipotentes. Como si el hombre no fuera el mismo señor, el mismo en todas partes, siempre tan inferior en la precisión de sus instintos a los más brutos animales y tan superior continuamente a la idea que de él logran hacerse los filósofos que comprenden las civilizaciones. Este fragmento de tiempo de silencio ha sido un poco largo, así que vamos a hacer un resumen de él.

Una síntesis temática de lo leído. Este es el primer paso del comentario, el tema. Se trata de una descripción paisajística, pero es muy peculiar porque no se describe un paisaje bucólico o

una elegante zona urbana, sino casi todo lo contrario, el antipaisaje, mostrándose la gran capacidad de improvisación que tenemos los humanos para resolver el problema vital de la vivienda.

Cuando en el fragmento se compara a los habitantes de esta improvisada zona urbana con los aborígenes de las sociedades primitivas o con las colectividades animales con un sistema de vida organizado, subyace una profunda ironía. El segundo paso del comentario es analizar la forma y contenido del texto. El texto se inicia con una oración exclamativa, allí estaban las chabolas, que lo preside en todo momento y lo resume globalmente.

Hay luego una comparación antitética de profunda carga cultural, la comparación entre la presentación hecha por Moisés en el Sinaí de la Tierra Prometida ante el pueblo de Israel con la que Amador hace en el fragmento del valle achabolado. Además lo hace con solemne ademán, contrastándose lo nada glorioso de la hazaña de esta expedición que dirige Amador con la bíblica. Pero hay más contrastes, así el representado por el derivativo vallizuelo, escondido entre dos montañas altivas, de connotación ternurista y despectiva.

El sintagma montañas altivas aparece con una valoración profundamente negativa por acumulación de conceptos. Refiriéndose a las montañas, dice el autor, una de escombrera y cascote, de ya vieja y espoliada basura, ciudadana la otra. Hay un duro sarcasmo en la utilización de los términos por el autor.

Dentro de la misma oración, con muchos incisos y mucho más adelante, se nos remite de nuevo al vallizuelo, a este término de connotación ternurista y despectiva, acabándose la frase con una brillante metáfora que merece la pena analizar y que dice así, en el que florecían, pegados los unos a los otros, los soberbios alcázares de la miseria. Hay que destacar el eufemismo tremendamente expresivo, alcázares de la miseria, una prosopopeya con la que se refiere el autor al objeto de definición, las chabolas, lo que a su vez contrasta con el contenido semántico del verbo tan idealista, florecían. La carga irónica de toda la frase adquiere desde luego un matiz desgarrador.

Tenemos ya descrito el escenario de la situación. Luego el autor nos habla de los materiales utilizados para la elaboración de lo que él llama oníricas construcciones. Aquí vuelve a utilizar el eufemismo, desde luego late la idea de que se trata de construcciones de pesadilla.

El fragmento está construido además con expansiones de complemento circunstancial de materia. Se recrea el autor en la pormenorización de los detalles. Nos habla de palos torcidos, trozos de manta, piedras graníticas, ladrillos de gafa, cabeceras de cama, latas amarillas.

El párrafo finaliza con un complemento que globaliza a todos los demás, con piel humana y con sudor y lágrimas humanas congeladas. El aire, entre irónico y jocoso de todo el párrafo, cede ahora ante un brusco final. Con sudor y lágrimas humanas congeladas.

El discurso sufre así un giro. Se convierte en desoladoramente trágico. Es aquí donde se nos da

además una situación, una localización del escenario.

Sabemos ya dónde estamos. Estamos en Madrid, porque hay una breve alusión al rastro. Siguen luego en la segunda mitad del texto una serie de digresiones del autor en torno al espíritu de las gentes que han sido capaces de improvisar semejantes viviendas, considerando el impulso creador que les ha animado a hacerlas.

Una serie de oraciones exclamativas que hay también en el texto otorgan un tono de epopeya. Intercala comparaciones con otras formas de vida y civilizaciones, queriendo dar a entender que estas gentes forman un mundo aparte de la civilización ortodoxa. Su mundo, el mundo de estas gentes, es un mundo que interesa tanto al artista como al sociólogo.

Termina por transformar la admiración en una reflexión interior. En definitiva, cuando concluye ¿por qué ir a estudiar las costumbres humanas hasta la antipódica isla de Tasmania? Desde aquí cambiará el modo del verbo en las frases que quedan hasta el final del texto, pues sólo va a emplear ahora el subjuntivo. Como si aquí no viéramos.

Como si el tabú del incesto no fuera. Como si la creencia en un ser supremo no se correspondiera. Como si el hombre no fuera el mismo.

Y así sucesivamente, lo que le permite dar a sus reflexiones un aire dubitativo entre lo real y lo posible. Combinando matices, y en definitiva por contraste, el autor consigue adquirir fuerza y además consigue obtener el impacto deseado en el lector. Asistimos a mezclas curiosas.

Hormigas, abejas y el castor norteamericano se mezclan con el sociólogo, el artista, las fuerzas de orden público, el tabú del incesto, las civilizaciones primitivas y el grupo hachabolado. Nos habla de materia gárrula de vida en el sentido de ruidosa y chirriante a la vez que colorista, comparándola con las más perfectas creaciones de especies inteligentes, siendo en consecuencia la mordacidad del autor evidente. Para finalizar, estamos ante un texto que pertenece al género de la narrativa, a la novela.

Es apretado y abigarrado. Las imágenes se entremezclan y saltan con fuertes contrastes. Abundan las comparaciones un tanto paradójicas e hiperbólicas.

Sus sustantivos se arropan con adjetivos abundantes, adquiriendo significativas connotaciones y cargas profundas e irónicas. Los dos párrafos que hemos considerado son profundamente analíticos. Guardan una cohesión interna, además de ser el primero descriptivo y el segundo sobre todo reflexivo.

El efecto narrativo se consigue presentando con valores muy positivos, lo que se tiene por todo lo contrario. Se busca la reflexión del lector. No se dice qué horror las chabolas, sino, por ejemplo, qué maravillosa capacidad de improvisación.

Despierta en nosotros el sentimiento de rechazo hacia esta forma infrahumana de vida. El último paso del comentario podría ser el contexto literario de la obra y su autor. Luis Martín

Santos publica *Tiempo de silencio* en 1962, aunque la trama se localiza en otoño de 1949 en Madrid.

Demuestra un profundo conocimiento de los usos lingüísticos del momento, pero presenta a la ciudad de aquellos años bajo un prisma profundamente analítico. Nos habla de sus diferentes formas de vida, cenáculos en donde la aristocracia intelectual escuchaba las conferencias de Ortega o bailes verbeneros de chachas y soldados, o el submundo de los arrabales en que vileza y delincuencia afloran fácilmente. Todo ello a través de la mirada de un joven médico que hace sus primeros trabajos de investigación en el laboratorio de un hospital, suponemos que el de San Carlos.

Dado que Luis Martín Santos, el autor, ejercía en aquellos tiempos como psiquiatra, la novela posee un cierto carácter autobiográfico. Posiblemente evoca las primeras experiencias de Luis Martín Santos en el ejercicio de su profesión. Igual que ocurre con *Goytisolo*, Martín Santos representa una reacción contra las corrientes literarias de la narrativa española de los años 50.

Esta narrativa era descriptiva, lineal y muy influida por el realismo y por ciertos autores del 98. Martín Santos lo que hace es renovar el estilo al mezclar lo real y lo imaginario, algo de lo que es lógico se percate fácilmente al ser psiquiatra. Trastoca los valores literarios tradicionales al alterar las formas de narrar, las formas de la narrativa.

Sigue al gran maestro de la novela contemporánea sin ninguna duda, a James Joyce. Sublima lo que carece de atracción. Se detienen detalles y descripciones inverosímiles.

Realiza enumeraciones muy largas, semejantes a las letanías de Joyce, algo despreciado por la narrativa tradicional. Busca un camino nuevo sin ignorar a sus predecesores en el género, siendo innegable también el influjo expresionista de Baroja, el más expresionista de los autores del 98. Luis Martín Santos hemos de decir que falleció en accidente de automóvil a los 40 años de edad, en 1964, truncándose la carrera de un brillante novelista que empezaba a ser conocido con esta, su única novela.

Solo hizo, solo nos dejó esta novela, pues el resto de sus escritos son ensayos médico-filosóficos en torno a los problemas mentales de la sociedad de nuestro tiempo. La comunicación lingüística, autor-lector, se logra en esta novela no por lo que se dice, sino más bien por lo que no se dice. Se da la presuposición de que autor-lector coinciden en ser contrarios del fenómeno que se describe.

El lector entra en el juego lingüístico de la intención comunicativa del autor, identificándose con él. En fin, finalizamos recomendando a todo el mundo la lectura de *Tiempo de silencio* de Luis Martín Santos. Hasta aquí llegó Acceso UNED, hoy dedicado a la novela de posguerra.

El próximo jueves, en este mismo espacio, se darán unas últimas recomendaciones para realizar el examen final de lenguaje. Aquí despedimos también el tiempo de la Universidad Nacional de Educación a Distancia. Mañana volveremos, como siempre, a partir de las 8 de la

noche, y volveremos para tratar, entre otras cosas, sobre derecho.

Hasta entonces, en la UNED, buenas noches.